

Y ahora, Señores, decid lo que querais de la dureza de mi doctrina, y buscad otra de más consuelo. Decid lo que querais de lo fantástico de mis promesas, y dad otras al mundo, de mayor verdad.

Que la verdad de las mias, Señores,—ya lo sé,—no es la verdad del socialismo, ni de la filosofía, ni de la economía política; pero es la verdad de la Historia, es la verdad del corazón, es la verdad del sentimiento y de la conciencia del género humano.

## LECCION OCTAVA.

### DEL TRABAJO, Y SUS CONDICIONES.

#### I.

Algunos han dado en creer, Señores, que ninguna verdad práctica puede ser demostrada sinó por la Estadística, y que todas las proposiciones que se asientan en aquellas ciencias y doctrinas que interesan á la condicion del hombre en la sociedad, deben estar sostenidas en series muy compactas de números.

Yo tampoco acostumbro despreciar, y no desdeñaré nunca las observaciones estadísticas. Más de una vez han rectificado algunos errores: más de una vez han puesto á los hombres en camino de llegar á verdades profundas; pero tambien sé que con números solos nada se prueba, por la razon sencilla de que con números se prueba todo.

Los números sirven para calcular la progresion de un hecho general; no para encontrar la ley del hecho mismo. Con la Estadística se hacen las comprobaciones de la mortalidad humana; pero de seguro no necesitamos de ella, para saber que dentro de un siglo no quedará nadie de la generacion actual; ni es ella la que nos ha de demostrar el problema fatal de la muerte. De la misma manera no fué el cálculo, no fué el álgebra la que reveló á Newton la ley de la gravitacion celeste, por más que haya

servido á Keplero para encontrar las relaciones entre el impulso, la órbita y la densidad de los cuerpos planetarios.

Y luego, Señores, la Estadística es falaz, é inexacta; y luego, los que tienen la pretension de llevar la aritmética y las matemáticas á la region de las ciencias morales y de las doctrinas políticas, suelen olvidarse con frecuencia de la verdad más trivial de su ciencia favorita, á saber, de que no se suman sinó cantidades homogéneas: suelen olvidarse todavía más, de que en los problemas del álgebra moral los signos son tambien incógnitas, y que empezamos por ignorar cuál es la cantidad positiva, cuál la negativa, cuáles son los exponentes que se adicionan, cuáles son los que se destruyen. Y luego, Señores, la Estadística es un trabajo muy lento: es la obra de los siglos, y Dios no ha permitido que aquellas verdades en que se funda la existencia de los pueblos, la organizacion de las sociedades y la conservacion de la especie humana, quedaran á merced de la lentitud de estos trabajos, y de la dificultad ímproba de estas problemáticas observaciones.

Dios ha dado al hombre un instinto y una conciencia, que desde el principio se las revela; ó le ha dotado de facultades intelectuales y de sentimientos para dirigirse y obrar, como si aquellas verdades le fueran conocidas. Así, Señores, el hombre había usado de la palanca muchos siglos ántes de que naciera Arquímedes: así, Señores, el ave se remonta á los cielos, sin que le sea dado calcular la fuerza que necesita para encontrar punto de apoyo en los aires. No ha menester calcularla: siente que la tiene.

Muéveme á hacer esta reflexion la necesidad, en que

algunos me creerán, de probar con datos exactos un principio, que nos ha servido de fundamento en la conferencia anterior, para algunas deducciones importantes. En ella partimos del supuesto y del resultado, de que no había en la sociedad capital para todos; de que la produccion general, repartida igualmente entre todos los individuos de una Nacion, no dejaría sobrante para ninguno.

Este principio podrá redargüirse de aseveracion infundada: contra éste resultado se querrán abrir delante de nosotros las tablas de la Estadística. Contra las deducciones que nos ha suministrado, podrá decirse que hemos partido de un supuesto falso: ó llevando, —y en este caso, con más apariencia de razon,—á otra esfera nuestro raciocinio, todavía pudieran replicar, si en datos numéricos y experimentales lo fundábamos, que estos datos estaban tomados de una civilizacion imperfecta, de una condicion social atrasada; que nos encerrábamos en un círculo vicioso, y para encontrar un límite eterno á la prosperidad de las sociedades humanas, buscábamos sus condiciones perennes en las mismas de su situacion presente, cuya mejora es el problema propuesto.

Pues bien, Señores: esta propia razon nos hace conocer que de nada hubiera servido apoyar en números la verdad de mi principio. Siempre sería un cálculo fallido; siempre se podría apelar á otros guarismos; siempre se me podría decir que aunque la Estadística demuestre rigurosamente que el capital social repartido en la totalidad dejaría de serlo, esto no significaba más que la necesidad imperiosa de que las sociedades salieran de condicion tan mísera y precária, para elevarse á un grado de prosperidad en que haya sobrante para todos. Y aquí tenéis cómo para explicar este hecho, cómo para dar la ra-

zon ó señalar la influencia de otros muchos, no es bastante saber y decir que suceden; sinó inquirir y averiguar hasta qué punto es menester que sucedan, y si no pueden suceder de otra manera.

## II.

Dije en verdad, Señores, y vuelvo á repetir, que para que hubiera trabajo para todos, era menester capital en manos de algunos; y que sin este capital, el trabajo no proveería á la subsistencia. — «Pero ¿y con qué razon, — se me dirá, — limitais el número de los poseedores del capital? Si para que una sociedad viva, es menester que una clase tenga sobrantes, ¿no viviría mejor si sobrara produccion para todas las clases sociales? Si el capital de unos pocos, como elemento del trabajo subsiguiente, se reparte escasamente entre una gran muchedumbre, ¿no sería más fecundo el trabajo, no sería más reproductivo, á medida que hubiera mayor número de capitales? Si en una sociedad pudiera llegarse al punto de que todos tuvieran capital..... »

—No concluyais..... Parad; que ahí está mi respuesta; que ahí está la imposibilidad de eso, que os parece fácil y naturalísimo. Parad; que en esa consecuencia está la razon eterna de nuestra proposicion, y el límite insuperable de ese progreso, que creéis ilimitado é indefinido. Parad; que os vais á encontrar con una consecuencia, cuya explicacion no se halla ni en la economía política, ni en las utopías socialistas, porque está en la naturaleza y en la organizacion humana. Parad; que

cuando me preguntais: ¿Y si todos los hombres tuvieran capital? Es como si dijérais: ¿Y si todos los hombres llegaran á cien años, como llegan algunos? ¿Y si todas las mujeres parieran diez hijos, como muchas?...—Y yo, en verdad, os digo desde ahora, que si estos hechos sucedieran, se perturbaria el mundo moral; que en el órden fisico no habria terreno para las generaciones humanas.

Si todos los hombres tuvieran capital..... todos serian capitalistas: no habria trabajadores. Si todos los hombres tuvieran sobrante, no habria necesidad ni estímulo: no habria ni trabajo, ni produccion. Si todos los individuos fueran capitalistas, tendrian que llamar de otra parte masas de obreros, ó emigrar adonde los hubiera, y el vacío de las clases necesitadas estaria al momento colmado; porque si todos los hombres tuvieran sobrante, lo consumirían hasta nivelarse con lo necesario, y hasta tener que trabajar por el estímulo de la miseria. Porque si es bastante para la disposicion útil del capital el uso de la inteligencia, la condicion del trabajo es el dolor y la fatiga del empleo de la fuerza; porque si basta para el uso del capital el aliciente de la comodidad, para la adquisicion de lo necesario es menester el aguijon del hambre, y la incertidumbre del sustento de la vida; porque, en fin, la rotacion de la actividad humana, lo mismo que el movimiento de los astros, no describe una línea indefinida, sinó que tiene una órbita, regulada por las fuerzas de su impulso y de su peso, que son en el mundo moral la actividad y el reposo.

En la esfera del interés material, y de la subsistencia del hombre, hay dos polos tambien, y dos condiciones: el capital y el trabajo: el capital, sin el cual el trabajo no puede producir; el trabajo, sin el cual el capital es es-

téril: el capital, que se consume sin la necesidad de trabajar; el trabajo, que no busca el capital, sino por la necesidad de producir para vivir. En esta armonía, que corresponde á la generacion de todos los séres, capital y trabajo son como los dos sexos de la produccion humana. Uno solo es infecundo, y perece. La reunion de uno y otro en un mismo sér, constituiría un hermafroditismo, no ménos estéril y más monstruoso. Con la universalidad de los elementos del trabajo, sin capital no hay trabajo posible: con capital para todos, no hay necesidad de trabajo para ninguno.

Y hénos aquí, Señores, cómo tambien hemos llegado natural y lógicamente á la cuestion tan debatida en nuestros dias, tan complicada, tan obscurecida, desde que se la ha querido examinar y resolver en sí misma, y con independencia de las demás leyes y condiciones de la naturaleza humana; desde que se la ha querido examinar y resolver como una cuestion puramente mecánica, y en vista de un interés exclusivamente material; desde que se la ha querido examinar y resolver, como tantas otras, á la luz de un punto de vista aislado, y concretada á un sólo individuo; sobre todo, desde que se la ha querido examinar, no con la intencion de resolverla, sino con el propósito de abolirla.

Porque esa es la cuestion, Señores; ese es el problema que hemos visto plantearse en nuestros dias; la cuestion no ha sido hacer el trabajo productivo para todos, sino dar al trabajo la seguridad de producir siempre; la cuestion ha sido asegurar al trabajo la produccion de un minimum y de un sobrante; la cuestion ha sido quitar al trabajo la fatiga y la incertidumbre; la cuestion ha sido aliviar sus molestias, disminuir sus horas; la cuestion ha

sido *convertir el trabajo en placer*. Y esta cuestion, como las anteriores, lo mismo se la han propuesto el socialismo que la política; en los mismos términos ha intentado resolverla el epicureismo sensualista de las modernas utopías, que el propósito formal y concienzudo de los Gobiernos más ilustrados, más morales y más entendidos.

### III.

Ahora bien, Señores: propuesta así la cuestion del trabajo, desde luego me confieso incompetente para tratarla, aunque á mi fin y á mi propósito cumpliera. Y esto, no solamente, y de seguro, por lo árduo, por lo difícil, por lo complicado: que por estas solas razones, ya que no me fuera dado aspirar á resolverla, á lo ménos no me abstuviera de plantearla. Pero en esto consiste para mí precisamente, no la dificultad inmensa, sino la imposibilidad absoluta.

Ya lo hemos dicho, Señores, en la explicacion anterior. Los imposibles no pueden ser cuestiones para nosotros, los absurdos no pueden llamarse problemas; y variar las condiciones físicas y morales de las leyes de la humanidad, es, para mi manera de concebir la filosofía y la política, un imposible y un absurdo. Algunos filósofos de nuestros dias han intentado, Señores, escribir la historia del trabajo; otros, en mayor número, han aspirado á resolver el problema de su organizacion. ¡Colosal pensamiento, Señores, el de los unos! ¡Titánico y prodigioso esfuerzo el de los otros!

La historia del trabajo es la historia del mundo, la his-

toria del hombre. La organizacion del trabajo es la organizacion de la sociedad misma, de la cual el trabajo no es más que una funcion, un aparato, un sistema, usando del lenguaje de los fisiólogos. En el organismo de la humanidad, el trabajo se puede equiparar á la fuerza muscular; y bien, Señores!... todos los estudios fisiológicos no alcanzarán á variar la estructura de un músculo. Dado es tal vez á la gimnástica desenvolver y vigorizar las fuerzas humanas en la condicion de su natural emplé; pero nunca podrá hacer que el hombre se sostenga en los aires con sus brazos, como el águila con sus alas; nunca podrá evitar que, abandonado á su peso, caiga desde la altura; nunca podrá hacer que los ojos vean sin luz, que el pulmón respire, y que la sangre circule sin el oxígeno del aire.

Por eso, Señores, está, ahora más que nunca, léjos de mi propósito, hacer lo que se ha llamado *historia del trabajo*, ni buscar las leyes de su organizacion; pero cumple, sí, al objeto que nos hemos propuesto, hacer con ésta cuestion lo que he intentado con la de la propiedad; no profundizarla; mucho ménos resolverla: es más modesta mi pretension. Bástame con señalarla puesto en el orden de nuestras meditaciones; con indicar su filiacion en el desarrollo de nuestras idéas; con manifestar su enlace con las doctrinas que vamos examinando; con demostrar la exageracion á que la ha conducido la preocupacion exclusiva de los intereses; con caracterizar la clase de influencia, que tal exageracion puede tener, y ha llegado á alcanzar, sobre las pretensiones de la política y de la filosofía; finalmente, con distinguir y determinar el papel que la ley del trabajo representa en el orden y mecanismo de las cuestiones sociales y del destino de la hu-

manidad. Y cuando me reconozco insuficiente para inquirir las leyes de su organizacion, tal vez adelantaré más camino para mi propósito, ciñéndome á considerar las condiciones fundamentales de su existencia.

No me detendré por consiguiente, Señores, en la ruidosa controversia de lo que se ha llamado "derecho al trabajo." Confieso que despues de haber estudiado diez años la ciencia del Derecho, y de no haber pasado quizá un solo dia de mi vida sin tener que usar de esta palabra, cada vez entiendo ménos su sentido, cada vez me parece más inoportuno y estéril su significado, cuando se la aplica á ciertas funciones, actos ó necesidades de la vida. ¿Es de derecho, trabajar? ¿Hay derecho á trabajar? —Señores, no lo entiendo. Esta cuestion significa demasiado, ó no significa nada, porque no explica cosa alguna.

He nacido en una provincia donde es muy frecuente responder á una pregunta con otra, y aun no ha perdido del todo mi espíritu esta costumbre del país natal. ¿Es derecho trabajar?—Yo os preguntaré primero: "¿Es derecho ver, es derecho sentir, es derecho pensar, es derecho querer, es derecho vivir?" Puede ser que alguien me responda afirmativamente: puede ser que me contesten rotundamente que sí; que todos esos son derechos, y derechos imprescriptibles, y derechos sacrosantos. ¿Quién sabe? Posible es que yo mismo se lo haya llamado así alguna vez; pero, como dijo Prudhom de su famoso principio "la propiedad es el robo," hay palabras que se sueltan, y no se repiten: hay frases, que no son idéas; hay locuciones, que cuando no son fórmulas, son figuras; y no de figuras, ni de fórmulas, ni de frases sin sentido podemos pagarnos, cuando se trata de deducir consecuen-

cias transcendentales, y de asentar principios con el propósito de llegar á resultados.

Para mí, Señores, la palabra derecho, aplicada á trabajar, como aplicada á vivir, es una frase que no llamaré vacía; pero sí impropia é incompleta. Trabajar,—como vivir, como querer, como pensar,—no es un derecho, ni aun tampoco, en cierto sentido al ménos, es sólo una obligacion: es más todavía que esto; es un hecho, es un fenómeno, es una condicion, es una funcion, es una necesidad. Trabajar,—como querer, como pensar,—es existir, es respirar, es sér: es nuestra ley, nuestra existencia, nuestra personalidad, nuestra organizacion, nuestro destino.

El Libro de la Verdad, Señores, ha dado á esta ley divina la misma antigüedad y la misma importancia, que á la creacion del mundo. Dijo el Eterno desde las profundidades del caos: "Hágase la luz, y la luz se hizo." Y es aquella misma voz, Señores, que creó el cielo y los mundos, la que truena sobre el desterrado de Edén con aquella palabra formidable: "Con el sudor de tu frente comerás tu pan," la misma que dice á la Madre del género humano: "Tu vientre parirá con dolores." ¡Pues bien, Señores! La palabra de la creacion es eterna, como el poder del Altísimo: se está repitiendo siempre en el tiempo, para que los mundos se conserven. La palabra de la sentencia no podía ser ménos inmortal, ni más transitoria; estará tronando de continuo en el oido de todos los hombres, para que el género humano viva.

En vano el orgullo del hombre se sublevará contra ella, y agitará en el calabozo su cadena, como el Encélado de la fábula removía en el fondo del Etna sus encendidas entrañas: los esfuerzos de su satánico intento no

servirán jamás, sinó para revelarle la extension de su flaqueza, y la insensatez de su impotencia. COMERÁS EL PAN CON EL SUDOR DE TU FRENTE, tanto quiere decir para el hombre, como para el sol, "Alumbrarás al mundo;" como para los planetas, "Rodaréis en derredor del sol mientras que tengais vida."

Comerás el pan con el sudor de tu frente!... y no pienes que eludirás esta ley, porque á fuerza de trabajo tengas un dia sobrante el pan de tu boca: porque yo daré á tu inteligencia y á tu corazon cien estómagos insaciables, que no se llenarán jamás, y que te hagan sudar eternamente para colmar su estimulante vacío. Con el sudor de tu rostro comerás el pan de tu hambre; y cuando el hambre se sácie, tambien será con dolor y con jadeante y desvelada fatiga, con lo que comerás el pan del saber, el pan de la ambicion, el pan del orgullo, el pan de la codicia, el pan del amor, el pan de la gloria y hasta el pan delicioso de la virtud, y el pan angélico y sagrado de la esperanza del cielo!

#### IV.

No es el objeto de éstas palabras entregarme á estériles ó místicas declamaciones. Mi intento es manifestaros que el trabajo es, ántes que todo, la condicion, la vitalidad misma de la humanidad, colectivamente considerada: que no es de ninguna manera una ley y una condicion individual. Fácil es sin duda representarse en la imaginacion la condicion y la existencia del hombre desocupado y ocioso, como podemos considerar á un hombre impotente, ó á una mujer infecunda. Pero á la humanidad no podemos verla de la misma manera: á las

sociedades no podemos nunca considerarlas inactivas, por más que se nos presente con frecuencia el espectáculo de individuos inertes.

El trabajo es el movimiento, es la corriente, es la marea y el oleaje del género humano y de las sociedades. ¿Qué importa que algunas gotas se estanquen y reposen en el hueco de una peña, en el remanso de una playa? La condicion y la vida del Océano es que se agite y se remueva: parado, se corrompería; y allí donde los hielos dejan en reposo su superficie, así en el mar de las aguas, como en el océano de las humanas generaciones, esa quietud es la calma, es la muerte, es el frío, es el invierno polar, es la desolacion hiperbórea y la noche eterna!

Pero como el trabajo es la condicion social, el trabajo social es la primera forma del trabajo. Sin el trabajo social, no existiría el trabajo del individuo; porque éste no tendría en qué trabajar. Faltaríale suelo, faltaríanle agentes, faltaríale morada, faltaríanle instrumentos, faltaríale anticipo, faltaríale capital; y nada de esto, no lo dudéis, Señores, puede procurárselo el individuo. El individuo por sí solo no puede ocupar un territorio: el individuo no puede asegurar y defender una sola cabaña: el individuo no puede abrir una comunicacion por la tierra: ni construir una mala canoa para surcar las olas: el individuo no puede llegar á obtener una onza de metal alguno, de cuantos están en las entrañas de la tierra: el individuo no puede arrancar una sola piedra, de las canteras que asoman á su superficie: el individuo no puede derribar ni un tronco de árbol, y si alcanzara á abatirlo, no podría transportarlo: el individuo solo no puede ni domar, ni dar la muerte á un animal poderoso.

No nos cansemos, Señores: en cualquiera de los ramos

de la industria y del trabajo humano, á que volváis los ojos, encontraréis imposible primitivamente el trabajo individual. Para ser fructuoso en el principio del mundo, hubo de concurrir á hacerle tal, para que el mundo se formara, Aquel á quien está reservada únicamente la creacion, el que sólo es poderoso á sacar el todo de la nada.

Fuera de esto, siempre encontraréis la necesidad de que para el trabajo humano haya precedido el concurso de la sociedad. El trabajo individual no es originariamente productivo: no es ni suficiente; y la primera condicion de todo trabajo es satisfacer las necesidades, y alimentar la vida del que lo ejecuta. Sin eso, tan inútil es como imposible. Vosotros concebiréis al hombre de la naturaleza, trabajando un dia entero: si aquel trabajo no le ha dado su sustento, si no ha sido produccion, si deja de serlo un solo dia, al dia siguiente el hombre habrá perecido.

El trabajo,— como la vida, como la ciencia, como el lenguaje,— necesita una generacion anterior, necesita un germen, necesita una fecundacion, necesita una maternidad, necesita una infancia, durante la cual no viva de sus propias fuerzas, sinó de ajenos cuidados y de anticipados recursos. No podeis comprender la existencia física del hombre, sin una madre que le haya criado, sin una familia, en cuyo seno se hayan guarecido sus infantiles años. Para asegurar en la edad adulta aquella suma de fuerzas, que es el capital de la vida, Dios ha hecho necesaria la familia: para dar al hombre robusto el conjunto de medios, que hacen posible su sustento y su adelanto, Dios ha hecho necesaria la sociedad.

Acabais de ver, Señores, cuál sería la condicion del trabajo individual, abandonado á sí solo; y que en esta

condicion la humanidad no hubiera podido durar un solo dia. Para que un individuo pueda hacer productivo su trabajo aislado, es menester que hayan pasado siglos; que la sociedad se halle muy asentada, muy constituida; que la civilizacion haya hecho muchos progresos. La primera produccion ha sido social, Señores; y el primer trabajo ha tenido que serlo: es imposible dejar de someterse á la necesidad de esta verdad histórica; pero no temáis que de ella se deduzca ningun principio comunista, ni aun el del derecho al trabajo.

No. Considerada la sociedad en su condicion primitiva, y en la necesidad originaria de proveer á su subsistencia, no encontraremos ese derecho, ni ese principio, no. Un principio muy diferente, una verdad más dura, un hecho ménos halagüeño es lo que se desprende de esta primera consideracion. No encontraremos, — de seguro, — que el individuo tenga derecho al trabajo: no se presenta de esta manera el primer aspecto de ésta necesidad: lo que encontramos y deducimos infaliblemente, es que la sociedad tiene el derecho de hacer trabajar al individuo.

Por eso, Señores, los que de este socialismo primitivo quisieran sacar ejemplos y consecuencias para la civilizacion, tendrían que retroceder ante la anulacion de esa misma libertad individualista que invocan. Ese socialismo es la barbárie con todas sus consecuencias, porque es la infancia con todas sus miserias. En ese socialismo del primitivo trabajo, la sociedad tiene derechos; el individuo no los tiene todavía. La sociedad entonces no tiene cuenta más que con el trabajo social, no con la individual reparticion y recompensa. Que en aquellos trabajos el operario muera, ó el esclavo no goce, no afectará seguramente á la sociedad, como ella viva y adelante.

Que centenares de soldados queden en el camino, muertos de fatiga, de miseria, ó de inclemencia, poco es para el General, si ha sentado sus reales en el campo enemigo.

El trabajo social no se fundaba ciertamente en derechos: tenía su origen en necesidades: los derechos no podían nacer, hasta que aquellas necesidades estuvieran satisfechas. Los derechos individuales suponen la accion social en la aptitud de asegurar su disfrute al hombre: ántes que esto suceda, es menester que la sociedad tenga fuerza; y para que tenga fuerza, ántes se ha menester que tenga vida.

Afirmarse en un territorio, allegar un capital, asegurar los elementos de la general subsistencia, eran las condiciones de este primer periodo, y de este primer trabajo. El trabajo social pudo ser desde los principios, productivo: el trabajo individual no podía serlo hasta el momento en que la sociedad le asegurase esta posibilidad. Pero ¿ésta posibilidad era un derecho? Yo no lo sé, Señores: á mí no me toca por ahora decidirlo: fáltanos todavía averiguar si podrá ser un resultado: fáltanos todavía examinar las condiciones del trabajo individual, no solamente en lo que toca á su propio interés y á su necesidad privada, sinó como formando parte de la asociacion. Las cuestiones, como las presenta la ciencia individualista, son, en verdad, mucho más sencillas; pero os dejo juzgar si sus soluciones pueden ser de esta manera satisfactorias y completas.

Respecto á mí, Señores, no vacilo en confesar lo distante que me encuentro todavía de considerar el trabajo como derecho, cuando á la altura actual de mi raciocinio, no bastándome mirarle como una necesidad, aún no se me presenta sinó como una obligacion.

## V.

No hay que dudarle, Señores: desde que hemos visto que el hombre entregado exclusivamente á sus recursos individuales, era impotente para producir; desde que hemos reconocido que la existencia del individuo sería imposible de todo punto, sin la subsistencia de la sociedad; desde que al trabajo individual sólo podemos comprenderle como resultado y progreso de una civilización que le dé posibilidad, elementos, y seguridad, no queda duda de que el primer aspecto, bajo el cual se ofrece á nuestros ojos el trabajo del hombre, es ciertamente como cooperación del individuo á la obra social y colectiva.

Pero también hay que tener entendido, Señores, que entonces la obra social, no es otra que asegurar su existencia y su perpetuidad, su presente y su porvenir. Presente y porvenir social, Señores; subsistencia y perpetuidad colectiva, subsistencia de la mayoría, adquisición de los medios necesarios para la subsistencia futura de la generalidad; *de ninguna manera* la subsistencia del individuo. No hay que dudarle, os tengo que repetir; —yo á lo menos no lo dudo:—en esta primera condición no encuentro derechos en el individuo: no tiene más que necesidades; no tiene más que obligaciones.

Tal es la condición dura y tremenda de este socialismo; y tal será siempre, Señores, la condición de cualquiera socialismo que se establezca y se organice. Si desde el primer momento hubiera llegado la sociedad á asegurar la subsistencia de todos, y á tener para todos trabajo productivo y fecundo, la sociedad hubiera llegado

desde su infancia á un resultado, que no han podido alcanzar todavía las más completas y adelantadas civilizaciones.

Y como esto sea un absurdo y un imposible, Señores, es menester que el trabajo social se haya verificado, sin la esperanza y sin la posibilidad de que la producción y la subsistencia, hubieran de alcanzar á todos los individuos: es menester, Señores, —por dura y atroz que os parezca esta consecuencia, — que el trabajo social se haya verificado sin la seguridad de la recompensa.

¡La seguridad! ¿Sabéis lo que es ese resultado? Pues nada ménos hubiera sido, Señores, que haber empezado por anular las primeras condiciones de ese mismo trabajo individual que aquel necesitaba para su fin. Semejante seguridad no la pudieron alcanzar las sociedades nacientes; pero yo os digo más, Señores: me atrevo á aseguraros que no la alcanzarán jamás las sociedades futuras más adelantadas. —¿Y porqué? me diréis, ó aterrados, ó incrédulos. Ya sé dolorosamente que no vengo á profesar verdades halagüeñas, ni á anunciar esperanzas consoladoras. ¿Porqué? Por un principio eternamente contrario á todos los que han proclamado los socialistas y los economistas, dando al trabajo por móvil y agente la seguridad de la producción, la infalibilidad de la subsistencia. No, Señores, no. Ese principio es falso: ese principio no se funda en la naturaleza del hombre.

Juzgadme, Señores, como os plazca; yo me atrevo á sustentar el principio opuesto. Yo proclamo que para que haya trabajo individual, no basta la necesidad del día de hoy: es menester la incertidumbre de poder subvenir á la necesidad de mañana. Quitad esa incertidumbre, y la necesidad desaparece: quitad esa incertidumbre, y con-

vertiréis al hombre en un autómeta: quitad esa incertidumbre, y abolís todos los cálculos de la prevision: quitad la incertidumbre de tener lo necesario, y destruíd de un golpe la produccion de lo sobrante, la formacion del capital. Dad al hombre la seguridad de que ha de trabajar *siempre* lo suficiente; y *nunca* producirá lo necesario. Quitad la incertidumbre, aunque le dejéis la necesidad, y le veréis cómo no adelanta ni progresa más que el bruto: el bruto no prevé, ni teme. Quitad esa incertidumbre, y veréis para qué sirve la libertad: cabalmente el trabajo del esclavo no la tenía. Quitad, Señores, quitad al hombre el miedo, la posibilidad de morir de hambre mañana aunque trabaje, y empezará por no trabajar hoy. Quitadle el temor de no tener mañana en qué emplear sus fuerzas, y no las empleará nunca.

Sí: meditad, profundizad, discutid, analizad este paradójico principio; y cuando le hayáis examinado detenidamente en la organizacion del corazon humano, y en el origen y desarrollo de sus facultades y de su actividad, volved la vista al ideal de perfeccion, que os presentan algunos deslumbradores sistemas, que aspiran á la perfeccion social, anulando ó desconociendo las leyes de la naturaleza.

El principio que yo consigno, no le busqueis en la economía política, no; ni en eso, que se llama la historia ó la teoría del fenómeno de la produccion. Pero examinad la condicion moral del hombre, y en ella, — y no en sus brazos ni en sus fuerzas, — encontraréis la primera condicion de su actividad y de su empleo. Veréis, Señores, que es la misma condicion de su vida y de su existencia, la incertidumbre de sus dias. Dad al hombre la seguridad absoluta de que no ha de morir ántes de ochenta

años, y sería un mónstruo de vicios, de pasiones y de excesos. Dad al hombre la seguridad absoluta de que nunca podrá ser víctima de la miseria, y habréis creado en el órden económico y social una criatura no menos monstruosa y depravada, creyendo hacer una obra perfecta.

No queráis, — que no es posible, — enmendar nunca las obras de Dios. Él ha permitido que la vida del hombre no vicioso, ni desarreglado, ni endeble, sinó robusto, morigerado y continente, pueda apagarse de súbito al soplo de su aliento. Él ha permitido que el hombre honrado, laborioso, inteligente, pueda encontrarse en la indigencia y en la miseria, hasta apurar sus últimas consecuencias. ¿Son éstas, imperfecciones de la creacion divina? ¿Qué podemos nosotros decir, sinó que son leyes de su Soberana Providencia! Probemos á destruirlas nada más que con el pensamiento; y vereis destruida con ellas, de una parte la armonía del mundo; de la otra, la vida de la humanidad y el progreso de la civilizacion.

Continuarémos en las conferencias siguientes el estudio de estas condiciones.